

ESCENAS
(Ensayo)

Cuauhtémoc y Hernán Cortés y la polémica entre la Antropología, la Arqueología y la Historia

La tumba de Cuauhtémoc (detalle vectorizado), tinta sobre papel
de Jesús Escobedo, 1935. Fuente: INEHRM.

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN

ISSN 2683-2917

Vol. 6, núm. 3, julio - octubre 2025

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2025.6.3>



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

*Cuauhtémoc and Hernán Cortés: the Controversy
among Anthropology, Archaeology, and History*

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2025.6.3.444>

Salvador Rueda-Smithers

Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Museo Nacional de Historia. México

salvador_rueda@inah.gob.mx

Patricia Ledesma-Bouchan

Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Museo del Templo Mayor. México

patricia_ledesma@inah.gob.mx

Introducción

Si atendemos a las imágenes del día, fue un domingo luminoso. Corría el segundo periodo presidencial de Porfirio Díaz. Aunque el general oaxaqueño prefería recordar las jornadas gloriosas del 5 de mayo de 1862 y del 2 de abril de 1867 en Puebla, entendía que su actuación en los campos de batalla tenía una tradición de valores simbólicos con raíces profundas en el mundo prehispánico. Así que, ese domingo 21 de agosto de 1887, en el corazón del Paseo de la Reforma de la Ciudad de México –avenida que representaba el orgullo de la modernidad urbana–, se inauguró un monumento dedicado al último *tlatoani* mexica, el joven guerrero Cuauhtémoc.

La obra, fundida en bronce por el escultor académico Miguel Noreña, coronaba una peana de cantera diseñada por el arquitecto Francisco Jiménez con un gusto ecléctico denominado neoazteca; una mezcla de ornamentos mixtecas, mayas, teotihuacanos y aztecas. Alguna vez Ignacio Bernal escribió que ese gusto marearía al propio Moctezuma. Los bajorrelieves estuvieron a cargo del maestro académico Epitacio Calvo. El personaje histórico era ya conocido, pero escalaba en su estatura de héroe por ser quien resistió valerosamente la caída de su ciudad y soportó el tormento que lo haría legendario: el suplicio de sus pies, quemados para arrancarle el secreto del tesoro fabuloso que imaginaron los conquistadores.

El gesto presidencial fue contundente, cargado del peso ejemplar de una historia que, en aquel entonces, seguía siendo un pasado reciente: el de la resistencia frente al invasor. Una década y media antes, Eligio Ancona había inmortalizado en la historia de bronce la célebre frase: “¿Acaso estoy en un lecho de rosas?”, atribuida a Cuauhtémoc en el momento de su tortura en Coyoacán.

Uno de los bajorrelieves del monumento, posiblemente inspirado en una ilustración de De Bry para el libro *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas, sirvió y sigue sirviendo como modelo para la escena central. La intención didáctica y conmemorativa no fue única, pues en 1876 se protegió con una cerca el ahuehuete de Popotla, el mítico Árbol de la Noche Triste, con la misma carga simbólica: ser testimonio de la resistencia ante un enemigo extranjero de mayor fuerza militar, pero no de mayor ánimo.

La carga emotiva, artística y patriótica del monumento pronto dio frutos y, además, alcanzó relevancia centenaria a través de la creación de monedas, logotipos, medallas, timbres postales, gestos dramáticos y estampas conmemorativas. Todos estos elementos adoptaron la figura de Cuauhtémoc tal como se presenta en el monumento: un joven gallardo que porta orgulloso su tilma y penacho, mientras sostiene en alto una lanza.

Imagen 1 Grabado de Johann Theodorus de Bry



mero cedit, Regi, illi honoris gratia obviam procedēti, cum multo populo, à quo mille servitiis & beneficiis affectus fuerat, captivitatem indixit, eum enim esse auri, & argenti ditissimum, fama dictitabat. Et ut aurum ab eo extorqueret, & emungeret, eum tormentis torquebat: numella enim pedibus apposita, extenso corpore, manibus palo alligatis, pruna pedibus adhibita est, aderat que puer, qui oleo eos paulatim irrigabat, ut cutis melius torreretur: una ex parte stabat vir impius, qui arcum cordi collimabat: aderat verò alter alia ex parte cum canibus, se eos dimissurum simulās, quod si fecisset, minimo profectò temporis momento dilaniandus erat, & hujuscemodi tormētis eum vexabat,

© Biblioteca Nacional de España

Fuente: Johann Theodorus de Bry, *Narratio regionum indicarum per hispanos quosdam devastatarum verissima*. 1614. Fondo de la Biblioteca Nacional de España (<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000172864&page=1>).

Aquel domingo de agosto de 1887 fue luminoso. Poco menos de un año después, nació el zacatecano Ramón López Velarde, cuya célebre obra *La suave patria* publicada en 1921, el año de su muerte, evoca la figura de Cuauhtémoc envolviéndola en un manto de heroísmo, tradición y juventud:

Intermedio

Cuauhtémoc

Joven abuelo: escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.
Anacrónicamente, absurdamente,
a tu nopal inclinaste el rosal;
al idioma del blanco, tú lo imantas
y es surtidor de católica fuente
que de respuestas llena el victorial
zócalo de ceniza de tus plantas.

[...]

El sollozar de tus mitologías,
la Malinche, los ídolos a nado,
y por encima, haberte desatado
del pecho curvo de la emperatriz
como del pecho de una codorniz...¹

Cuauhtémoc se convirtió en la figura central de la memoria cívica. A comienzos del siglo xx, el periodista y escritor Heriberto Frías lo integró en algunos cuentos de sus *Leyendas históricas mexicanas*, donde su carácter de héroe trágico lo situaba como protagonista de amores que le acercaban a los héroes de la mitología clásica grecolatina. La literatura romántica apelaba al conocimiento general del personaje como partícipe del último acto de la historia de la conquista.

En 1924, Diego Rivera lo pintaría al fresco junto con otros héroes telúricos del panteón mexicano: Emiliano Zapata, Otilio Montaña y Felipe Carrillo Puerto. El mismo Rivera ilustraría relatos sobre Cuauhtémoc, tales como el titulado “Águila que desciende” de Heriberto Frías.

No se podía prever entonces el rumbo que tomaría esta historia tres décadas más tarde...

¹ Ramón López Velarde, “La Suave Patria”. *El Maestro: Revista de Cultura Nacional*, núm. III (1 de junio de 1921), 311-314.

Los caminos torcidos

El 30 de septiembre de 1949 no fue como en otros años, tal como lo atestiguaron los diarios de esos días. Desde hacía semanas, una sombra oscurecía los preparativos y homenajes por el 184º aniversario del natalicio del héroe insurgente y Siervo de la Nación, José María Morelos y Pavón. A comienzos de ese mes, había fallecido el muralista José Clemente Orozco y, al desánimo, se sumó la fatalidad que golpeó a la clase política, al medio cultural y al sentir popular: la noche del lunes 26, una aeronave de Mexicana de Aviación que cubría la ruta de Oaxaca a la Ciudad de México se estrelló en el Popocatepetl. Entre los pasajeros estaba el prometededor político mexiquense Gabriel Ramos Millán, conocido como el “Apóstol del Maíz”, acompañado de un grupo de colaboradores. También viajaba la joven y querida actriz Blanca Estela Pavón, la famosa “Chorreada”. Más cercano a nosotros, entre la lista de fallecidos estaba el entonces subdirector del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), el erudito historiador Salvador Toscano. Se dijo, sin confirmarse, que llevaba en su portafolios una serie de notas de trabajo en torno a la biografía de Cuauhtémoc, tema en el que estaba trabajando con la intención de escribir la biografía del último *tlatoani* mexica. A partir de ese funesto día y durante varios años después, el héroe fue objeto de una intensa polémica de no pocos y muy prestigiosos exponentes de la historiografía y la antropología.

Los hechos

Los historiadores nos afanamos en explicar, con las razonables reglas de las correspondencias, que todo suceso memorable se enmarca dentro de la cadena de causa y efecto. De este modo, organizamos los actos humanos hasta el punto de olvidar que la historia es contingente y está llena de azares. Asimismo, cuando aparecen coincidencias, dejamos que sean los profesionales de la superstición quienes se encarguen de los conjuros. Sin embargo, hay coincidencias que nos dejan mudos. De una de ellas trata este relato.

A principios de 1949, una nota aparentemente ingenua de *El Universal* inició esta curiosa historia de la mitografía. Los titulares del diario atrajeron la curiosidad: “Yace Cuauhtémoc en la serranía de Guerrero. Rumor de que fue hallado un manuscrito de Motolinía. El lugar sería Ixcateopan”. Sin embargo, la noticia tenía un dejo de escepticismo:²

² Para profundizar el lector puede recurrir a Salvador Rueda, “De conspiradores y mitógrafos: entre el mito, la historia y el hecho estético”, *Historias* 39 (1998), 17-26. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/historias/article/view/13867>

Teloloapan, Gro., 7 de febrero de 1949. El día 4 del presente mes, un señor apellidado Rodríguez, vecino de Ixcateopan, encontró un importantísimo documento manuscrito del padre Motolinía, según el cual se pretende haber localizado el sitio en que fue sepultado Cuauhtémoc.³

El hecho pudo conocerse posteriormente gracias a la declaración del señor Salvador Rodríguez Juárez, quien afirmaba que, sin saber bien a bien el valor del documento, casualmente lo había encontrado detrás de un santo del altar doméstico. Entonces, lo mostró al cura local, David Salgado, quien, al sopesar su importancia, se encargó de hacerlo público. En pocos meses, el suceso pasó de ser una nota inverosímil a una “verdad incontrastable”.⁴

El 17 de febrero, tras una intensa presión mediática y posiblemente por la más poderosa insistencia del gobernador de Guerrero, Baltazar Leyva Mancilla, el Instituto Nacional de Antropología e Historia comisionó a Eulalia Guzmán la tarea de viajar a Ixcateopan y rendir un informe sobre el asunto. La lista de los documentos que motivaron el viaje de la profesora Guzmán, cuatro de ellos con la supuesta firma de Motolinía, llamaban a la incredulidad:⁵

- El libro *Destierro de ignorancias*, publicado en la segunda mitad del siglo XVIII con anotaciones al margen, y la firma imaginaria de Motolinía.
- Documentos varios con firmas imaginarias de Motolinía.
- Carta Pastoral del arzobispo Núñez de Haro y Peralta, publicada en el año 1777 en México.
- Cartas eruditas de Feijoo.
- Expediente auténtico de un pleito entre el pueblo de Ixcateopan y la hacienda de Zacatlán.
- Cuadernos de Florentino Juárez, abuelo de Salvador Rodríguez Juárez; entre ellos, uno denominado “Instrucciones de Dn. Florentino Juárez a sus hijos al dejarles en guarda los documentos referentes a Cuauhtémoc”,⁶ en el que se advertía:

³ *El Universal*, 7 de febrero, 1949, México: UNAM.

⁴ Rueda, “De conspiradores y mitógrafos: entre el mito, la historia y el hecho estético”, 18.

⁵ Salvador Rueda Smithers, “Don Silvio Zavala y la piel del historiador. Apuntes sobre historiografía marginal”, *Historia Mexicana* 65, núm. 2 (octubre 2015), 809-39. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2448-65312015000400809

⁶ Rueda, “Don Silvio Zavala y la piel del historiador”, 821-822.

Copio estos documentos tal como están y escribo a mi modo de entender estos secretos para que se conserben por el peligro de la revolución, y si llegare a caer estos documentos en manos de los revolucionarios, sean unos y los otros, yo les ruego encarecidamente no los rompan, pónganlos en manos de las autoridades civiles, militares, o en manos de los señores curas; esto es interesante y se viene hablando de una carta viva que dejó en los indios un padre misionero.

Un papel blanco serrado con hilo es el más interesante, que yo no entiendo ni sé de esto; guardo por acuerdo de los ancianos mayores de este pueblo quien se hizo enemigo acérrimo de los hijos de Ichcateopan. Mi padre Amado Juárez me entregaron estos documentos acompañados de más ancianos que me hablaron de un papel blanco que está pegado; éste es interesante y da los datos de todo.⁷

Vocabulario críptico que era, sin embargo, obvio: lo ininteligible escondía claros signos al posible lector, a quien dirigía a escrutar sólo alguno de los documentos. Pero el anacronismo de las firmas y la misma instrucción, de cripticismo inocente, llamaba a la duda.

Todo indicaba que se trataba de una falsificación de documentos, quizás elaborada por Florentino Juárez hacia finales del siglo XIX. Con seguridad, Eulalia Guzmán lo sabía desde la primera mirada; sin embargo, nunca se pronunció en su contra.

Tras varios meses de estudio de los libros y papeles proporcionados por Rodríguez Juárez, la profesora Guzmán inició una investigación arqueológica en la iglesia del pueblo. En septiembre, siguiendo las indicaciones escritas, la comisionada del INAH mandó derribar el altar de estilo neoclásico de la iglesia de Santa María de la Asunción.

La cola del diablo

El domingo 18 de septiembre de 1949, el escritor Salvador Toscano publicó su ensayo “El águila muere en Acallan” en *México en la Cultura*, prestigiado suplemento semanal del diario *Novedades*. Explicaba puntualmente, hasta donde las fuentes históricas lo permitían, las circunstancias de la muerte del *tlatoani* mexica Cuauhtémoc. Como buen historiador del arte prehispánico y de los manuscritos indígenas, Toscano ataba cabos sueltos dejados por los antiguos cronistas españoles e indígenas y conjeturaba el sitio en el que fue colgado de una ceiba el

⁷ “Instrucciones de Florentino Juárez a sus hijos acerca de la herencia de los documentos relacionados con Cuauhtémoc”, *Cuaderno de Florentino Juárez*, núm. 1.

gobernante azteca. Al parecer, esta reflexión formaba parte de la biografía que entonces preparaba sobre el último señor mexica. Unos meses antes, en 1948, Héctor Pérez Martínez, en prosa severa, habría publicado su *Cuauhtémoc, vida y muerte de una cultura*, libro que no debió pasar inadvertido por Toscano.

Este pequeño texto dominical, escrito en tono didáctico pero riguroso, que dio fama a los estudios de Toscano, tenía la apariencia de satisfacer una curiosidad intelectual. Sin embargo, su intención era la de atajar una bomba de tiempo ideológica. En el ambiente político de la época, que calentaba a los posibles precandidatos a las elecciones que, tres años más tarde, sucederían al presidente Miguel Alemán, comenzaban a perfilarse los grupos interesados y Toscano anticipó que la figura heroica de Cuauhtémoc sería una de las armas políticas con mayor revuelo en los medios impresos. La realidad daría la razón al historiador de 37 años quien, en aquel entonces, joven, se desempeñaba como subdirector del Instituto Nacional de Antropología e Historia. No obstante, nunca llegaría a presenciarlo, pues ocho días después de la publicación del suplemento dominical, el avión en el que viajaba de Oaxaca a México se estrelló.

El ensayo, corto y claro, dejaba poco margen para la fantasía, y no era para menos, pues adivinaba que una extraña interpretación del oscuro pasaje biográfico de Cuauhtémoc captaría la atención de la prensa mexicana, entonces proclive a destacar los descubrimientos de tumbas y reliquias. Apenas un par de años atrás, casi como una afrenta, los restos de Hernán Cortés se habían encontrado en el altar de Jesús Nazareno del Hospital de Jesús. Luego, en enero de 1949, el criminólogo Alfonso Quiroz Quarón determinó que los huesos del conquistador mostraban deformaciones derivadas de infecciones sifilíticas. Basado en este dictamen —hecho sobre fotografías y no directamente con los restos óseos—, el muralista Diego Rivera comenzó a retratar a un contrahecho Hernán Cortés en sus escenas de la conquista de México.

En febrero, pocos días después de la publicación del dictamen sobre los huesos de Cortés, apareció una rara nota firmada en Teloloapan, Guerrero; hablaba del fortuito hallazgo de un manuscrito de Motolinía. En él se revelaba que el *tlatoani* Cuauhtémoc había sido enterrado en la sierra norte guerrerense, en el antiguo pueblo de Ichcateopan. La noticia parecía inverosímil, pues no había ningún registro que indicara que fray Toribio de Benavente Motolinía, uno de los primeros doce franciscanos que llegaron a la Nueva España en 1524, hubiese estado por aquellos rumbos.

Tampoco parecía razonable que el *tlatoani* fuera enterrado en el pequeño poblado serrano, en el confín del hasta hacía muy poco enorme imperio mexicano. Ante las

exigencias periodísticas, el Instituto Nacional de Antropología e Historia comisionó la investigación del caso a la experimentada historiadora Eulalia Guzmán para que investigara en Ichcateopan en torno al extraño asunto. Guzmán, miembro del Partido Comunista, tomaba posición política a favor de la existencia del entierro, junto con el doctor Quiroz y el pintor Diego Rivera, también militante comunista. Su objetivo era enaltecer la imagen heroica del *tlatoani* y relegar al conquistador al ámbito de los villanos históricos. Antes que nada, para estos populares personajes el discurso de la historia servía para hacer patria, no para esclarecer los hechos.

De ahí, el propósito del ensayo de Toscano fue prevenir la extraña interpretación que parecía fraguarse; y hacerlo mediante los instrumentos de la investigación interdisciplinaria más seria: la que se compromete con la verdad, la que respalda sus hipótesis y afirmaciones con las fuentes históricas a la mano y las razones científicas de la arqueología y la antropología. También se apoyó en su fluida prosa y en una metodología detallada, pues prefería el análisis –en su sentido literal de *desatar* los nudos de la confusión– y un relato ordenado, en contraposición a la contundencia de los adjetivos. De acuerdo con Bernal Díaz del Castillo, Cuauhtémoc fue ahorcado por el desconfiado Hernán Cortés el 28 de febrero de 1525 (martes de carnaval) en un lugar incierto de la provincia de Acallan Tixchel, en la selva maya, durante la desafortunada expedición a Las Hibueras. Derrotado en 1521, cristianizado con el nombre de Fernando Alvarado mediante el bautizo –acto que significó al mismo tiempo sacramento y compromiso político, subyugado al emperador de los católicos–, torturado hasta el punto de quedar posiblemente inválido para caminar como secuela del tormento mediante la quema a fuego manso de pies y manos untados con aceite –según escribió Vicente Riva Palacio–, Cuauhtémoc se convirtió en un rehén incómodo. El capitán general Cortés, para entonces cargado de enemigos y perdido en las riberas de algún afluente torrentoso entre Tabasco y Campeche, buscó una justificación banal. La pura sospecha de una rebelión fue, según pensó Toscano, el pretexto para la ejecución en el remoto Izankanak, capital de la provincia chontal de Acallan. En definitiva, el ensayo advirtió implícitamente que Toscano se opondría a cualquier desviación política que se apartara de la evidencia histórica y del sentido común, como apuntaba la interesada asociación de los polemistas Eulalia Guzmán, Diego Rivera y Quiroz Cuarón.

Sin proponérselo, Toscano pareció tocar al demonio con afanes más bien estéticos y literarios que rigurosamente científicos. En su texto, escribió que el nombre mismo de Cuauhtémoc, “Águila que cae”, y su acceso al poder en los días nefastos (llamados *nemontemi*) tenían un carácter simbólico que presagiaba días de infortunio. Esos días desafortunados llegaron cientos de años después, de manera inesperada y marginal, al ensombrecer las sólidas carreras de la historiadora y arqueóloga Eulalia Guzmán y del doctor y criminalista Quiroz Cuarón, quienes

apostaron por la polémica pública contra Toscano. Lo mismo podría decirse de Diego Rivera, quien, al deformar la imagen de Hernán Cortés, dejó caricaturas de contorsión barroca intercaladas en sus mejores pinturas.

El ensayo de Toscano se publicó cuando el INAH comisionó a Eulalia Guzmán para verificar los rumores que llegaban de la sierra norte de Guerrero. Se intuía, razonablemente, que el debate no estaría restringido a los especialistas. El tamaño de la apuesta –o, quizá mejor dicho, la desproporción del héroe– resultaba demasiado tentadora para no convertirse en un asunto público. La batalla se libraría públicamente, y los diarios y revistas se prepararían para cubrirla. Junto con Eulalia Guzmán y sus ayudantes, algunos corresponsales se encargaron de documentar no sólo la excavación, sino también las noticias sobre la fiebre aftosa y la inquietud de los campesinos locales por sus ganados. La excavación comenzó el 20 de septiembre, a las nueve de la mañana.

El miércoles 21 de 1949, el *Excelsior* daba la nota en ocho columnas de otro temible martes negro para la bolsa de Nueva York y los capitales financieros. De menor tamaño, compartía la atención del lector con la primera entrega del joven reportero Julio Scherer. Posteriormente, comenzaba con los efectos de la veracidad del ya famoso –por inverosímil– documento firmado por Motolinía. La profesora Guzmán decidió que la verdad podría encontrarse al seguir las pistas proporcionadas por el manuscrito. Por lo pronto, buscó los antecedentes de quien se denominaría la “décima carta viva”, el guardián del secreto, del papel y de la tradición en Ichcateopan, un campesino muerto en la década revolucionaria cuyo nombre haría eco: Florentino Juárez.⁸ El terreno era fértil para que germinara el discurso –aunque no la fábula–. El secreto de la tumba de Cuauhtémoc, al igual que el manuscrito que reveló el entierro de Cortés en 1946, incluía un esquemático mapa que guiaba hacia el templo local de la segunda mitad del siglo XVI, la iglesia de Santa María de la Asunción.

La decisión de la profesora Guzmán tenía su riesgo. Los pobladores de Ichcateopan no estaban convencidos de que se excavara en el templo ni que se destruyera el altar mayor de factura decimonónica, tal y como sucedió. Según reportó Julio Scherer, la historiadora quiso despejar dudas –aunque con argumentos que debieron ser de difícil comprensión para los pobladores– afirmando: “El texto [de Motolinía] fue estudiado por químicos del Banco de México. La tinta, al decir de los peritos, está hecha a base de jugos de limón y de manzana”. No mentía, hay

⁸ Eulalia Guzmán, *Informes sobre investigaciones relacionadas con la tumba de Cuauhtémoc en Ichcateopan*, 21 de septiembre de 1949, Caja 1, Expediente 2, Archivo Institucional Eulalia Guzmán, México.

que decirlo, pero no hubo una sola palabra sobre el anacronismo entre la firma y el papel utilizado como soporte.

Sin embargo, la idea del tiempo histórico no fue completamente desplazada. Scherer fue testigo del trabajo de arqueología: se recorría camino hacia el pasado. Se encontraron huesos, jirones de telas –pertenecientes a remotos curas que consumieron sus vidas en este pueblo vecino– fragmentos de una cantera de mármol y de las vetas de plata de Taxco, pedazos de loza, botones y restos de los sepulcros de eclesiásticos ya olvidados. Incluso, llegando a la actualidad, se hallaron puntas de obsidiana y barro cocido del pueblo indígena, que había sido congregado por órdenes de Felipe II y cuya descripción física, así como sus costumbres y tradiciones, habría realizado el capitán Lucas Pinto hacia la década de 1570.

Al atardecer del 26 de septiembre de 1949, Eulalia Guzmán estaba lista para dar a conocer su hallazgo: sin descalificar los documentos del falso Motolinía y luego de encerrarse por horas a lo largo de una semana en la iglesia de Santa María de la Asunción de Ichcateopan y destruir el altar mayor, “encontró” una tumba que, según una placa de cobre que la cubría, decía ser la del “Rey e S Coatémo, 1529”. Eran las cuatro de la tarde, y debajo de la placa, que despidió un gas que creó un ambiente de misterio singular, se encontraron decenas de huesos en desorden –algunos de ellos posiblemente calcinados–, que evidenciaban un entierro secundario. Se trataba de una fosa de aproximadamente dos metros y medio de profundidad.

Acompañaban a la profesora Guzmán el joven antropólogo físico Anselo Marino y algunos funcionarios del gobierno estatal y de la legislatura guerrerense. Escribió Scherer en su crónica del día: “La profesora Guzmán, con lágrimas en los ojos, anunció que aquella era la tumba tan ansiosamente buscada (...)”. Pero no era suficiente la satisfacción intelectual–historiográfica. Scherer describió el acto cívico que le siguió: “Empuñó una bandera nacional para salir a anunciarle al pueblo que se hallaba congregado ante el templo (...). La emoción fue indescriptible y se cantó el himno nacional”. Los agentes políticos se movilizaron inmediatamente: se notificó al gobernador, general Baltasar Leyva Mancilla, quien preparó los actos oficiales que a partir de ahí sucederían. La ceremonia solemne en la plaza principal del pueblo y la presencia de periodistas fueron la señal de arranque para el duelo intelectual que debían tener el oficialista historiador Toscano y los ultranacionalistas patrióticos Guzmán, Rivera y Quiroz.

Entonces, el demonio de la coincidencia metió la cola. Mientras la historiadora Guzmán se concentraba en dismantelar el altar de la iglesia en Ichcateopan, al mediodía de ese 26 de septiembre, Toscano hacía una gira por el estado de Oaxaca.

No obstante, por la noche, murió trágicamente. El historiador, que era parte de la comitiva proselitista del “Apóstol del Maíz”, Gabriel Ramos Millán, regresaba a la ciudad de México. “Algo simbólico presagiaba días de infortunio”, escribió sobre Cuauhtémoc en el último capítulo de la conquista. Y en ese vuelo, entre la niebla y la borrasca, la aeronave de Mexicana de Aviación cayó en el Pico del Fraile, uno de los salientes rocosos del Popocatepetl. Entre los pasajeros volaba también la actriz Blanca Estela Pavón, la famosa “Chorreada” de la popular serie de películas de *Pepe el Toro* –de Ismael Rodríguez–, que protagonizó con Pedro Infante. México lloró a la actriz y se conmocionó por el político y el historiador, y aunque la conmoción dio paso al olvido, el llanto perduró.

El trabajo de Salvador Toscano quedó inconcluso. Algunos años después, el historiador y antropólogo Wigberto Jiménez Moreno escribió una relación de la polémica. Tenía el sabor amargo de la diatriba, pero también el firme sedimento de la investigación científica y del triunfo de la razón. Jiménez Moreno explicó que el ambiente enrarecido por un descubrimiento arqueológico lleno de pasiones políticas –en Ichcateopan se encontró lo que se quería encontrar, a pesar de ser un sitio históricamente inverosímil– dejó de lado los argumentos publicados por Toscano en el suplemento *México en la Cultura* del *Novedades*.

El destino hizo el resto: el mismo día en que el bizarro Cuauhtémoc de Ichcateopan salía a la luz, Toscano moría en el Popocatepetl. Nunca pudo saber del descubrimiento de Eulalia Guzmán; ella tampoco pudo medirse con el joven historiador, para quien habría preparado la siembra de los restos óseos y la placa que debía ser la prueba contundente de que Cuauhtémoc era un guerrero sureño. La trampa quedó sin sentido. Con Toscano se fueron –esa tarde trágica para la inteligencia–, las claves de su creatividad y erudición, así como el formato final de la biografía de Cuauhtémoc y la posibilidad de un debate que llevara a la palabra *análisis* a su significado cabal: desatar un nudo de la historia.

Mito, historia y hecho estético

El sábado 21 de octubre de 1950, frente a una mesa improvisada dentro de la iglesia de Santa María de la Asunción de Ichcateopan, al norte del estado de Guerrero, un pequeño grupo de investigadores tomaba notas y se preparaba para mostrar sus materiales de trabajo. Puede adivinarse cierta solemnidad en el ambiente, pues se esperaba la llegada de un importante personaje que, aunque poco podía aportar en el terreno de la ciencia, tenía una palabra de gran peso en el ámbito de las ideas y, sobre todo, en la manera de transmitir y validarlas. Sin duda, era un genio del lenguaje.

La mesa se instaló en la reducida nave de la iglesia, muy cerca de donde, un año antes, en septiembre de 1949 se había descubierto un extraño entierro bajo el altar mayor. Algunas cajas de cartón, que guardaban cerca de un centenar de huesos humanos cuidadosamente separados y clasificados por médicos legistas y especialistas en anatomía, se dispusieron con algún orden sobre la superficie blanca de la mesa, junto con el infaltable microscopio.

Una fotografía retrata a los protagonistas en el siguiente acto: ante un esqueleto magramente ensamblado, el ilustre visitante, armado de papel y carbón, dibujó la silueta de un individuo robusto, de 1.75 metros de estatura. El estudio de los dientes y la fortaleza de algunos huesos seleccionados se ajustaban a una imagen preconcebida por el artista: se trataba de un hombre de alrededor de 25 años en el momento de su muerte, con una lesión grave en el pie, según la deformidad del calcáneo, probablemente resultado de severas quemaduras. El dictamen de los científicos, sin embargo, indicó que el hombre debió medir 1.70 metros. De cualquier modo, el asunto pasó inadvertido, pues lo importante era su proporción estética: fornido, más alto y de mejor presencia que su supuesto victimario.

Los huesos que conformaban el esqueleto no eran más de 60 piezas, casi todas fragmentadas. No obstante, la imaginación y la habilidad del dibujante –y probablemente, la fe– harían el resto. La fotografía se tomó cuando el invitado, el pintor Diego Rivera, terminaba uno de sus bocetos: su tarea fue, ni más ni menos, develar la forma física que debió tener Cuauhtémoc, el último *tlatoani* mexica y primer héroe del nacionalismo mexicano, quien, se decía, se encontró bajo el altar mayor de la iglesia local. Alrededor de Rivera atestiguaron el hecho la historiadora Eulalia Guzmán y el guerrerense Salvador Rodríguez Juárez, descubridores del entierro y de una bizarra tradición que –se sostuvo– era tan antigua como la conquista española, el antropólogo físico Anselmo Marino, el profesor Liborio Martínez –anatomista afamado– y una docena de lugareños.

La fotografía también evidencia una ausencia notable: la del criminalista doctor Alfonso Quiroz Cuarón, uno de los responsables de la reconstrucción del esqueleto y del dictamen pericial sobre los restos óseos. Quiroz, defensor de la tesis de Eulalia Guzmán, aseguraba con vehemencia que el entierro de Ichcateopan era el del último *tlatoani* mexica. Tal vez era importante que el criminalista no estuviera en Ichcateopan cuando Diego Rivera bocetara a su Cuauhtémoc, pues la proximidad entre ambos restaría contundencia al efecto discursivo de las opiniones del médico forense y del lenguaje plástico del artista ideólogo. Sin embargo, ambos, sin duda, conspiraban, y quizá con ellos también Eulalia Guzmán. Lograr la aceptación de una imagen armónica de Cuauhtémoc era una tarea tan urgente como compleja: las fatigas del criminalista Quiroz Cuarón y del pintor Diego Rivera

estaban dirigidas a la recreación de la historia nacional, a la refundación de sus mitos y a la construcción visual de sus héroes y, de paso, de sus villanos. Así, el hecho histórico y el hecho estético serían los pilares de una historia que conciliaba la dureza de un pasado trágico con el presente de un país lleno de promesas. En fin, era la estructuración del mito moderno de la patria.

Fotografía 1 Diego Rivera dibuja la silueta del cuerpo de Cuauhtémoc



Fuente: Fotografía de Eliseo Salmerón. *Arqueología Mexicana*, no. 82 (https://www.facebook.com/arqueomex/photos/a.350385424999742/825180150853598/?type=3&locale=pt_BR).

Recrear la conquista

El último y desconocido capítulo de la Conquista se construyó en Ichcateopan. Se redactó un relato que no habría sorprendido a Heriberto Frías en sus *Leyendas históricas mexicanas y otros relatos*. Al amanecer del siglo xx, Frías había tejido escenas de amores románticos entre celos y competencias guerreras, así como idilios que servían de trasfondo de la Conquista y caída de Tenochtitlan. En esta nueva vuelta de tuerca en la creación de fábulas históricas era preciso establecer la relación entre Cuauhtémoc y el pequeño pueblo del norte de Guerrero. Eulalia Guzmán y algunos otros historiadores explicaron que, de acuerdo con los documentos y la tradición oral del pueblo, Cuauhtémoc había nacido en Ichcateopan en 1501. Su madre, Cuayauhtitali, era hija del señor de ese lugar de linaje texcocano, pero sometidos por Moctezuma Ilhuilcamina. Se relataba entonces que

Rebelada Ichcateopan contra el yugo mexicana, fue vencida por las fuerzas que envió la confederación México-Tezcoco-Tlacopan, bajo el mando de Ahuízotl. Cuayauhtitali, juntamente con su padre, cayeron prisioneros y fueron llevados a Tenochtitlan. Allí la conoció el príncipe Ahuízotl, hijo del tlatoani Ahuízotl, y casó con ella. De ese matrimonio nació Cuauhtémoc, quien fue el “iris de paz” entre ambos señoríos.⁹

Contada así, para los lectores de historias como la de Frías, el relato podía tener algún sentido.

Cuauhtémoc, continuaba el relato, fue entonces educado en la capital mexicana y luego enviado a gobernar su tierra natal. En 1519, ante las noticias del desembarco de los tercios hombres blancos y barbados, fue llamado de regreso a Tenochtitlan. En este punto de la trama, la historia, aceptada hasta antes de 1949, retoma su hilo para volver a romperlo al acomodar a conveniencia la expedición de Cortés a Las Hibueras: Cuauhtémoc fue ajusticiado junto con un fraile y nueve señores mexicanos en Itzancanac; se le quemó la cabeza antes de ahorcarlo. Permaneció más de trece días colgado de cabeza –como lo indica *la Tira de Tepexpan* y como lo pintó Rivera en el mural del Palacio Nacional–, hasta que un grupo de fieles, encabezados por Tzilacatzin, lo descolgó, envolvió el cadáver en tilmas finas y hojas aromáticas y lo llevó a Ichcateopan. El viaje duró cuarenta jornadas hasta el palacio de sus abuelos maternos, donde fue sepultado. Entonces, en diciembre de 1529, habría llegado a Ichcateopan fray Toribio de Benavente, Motolinía, quien enterró los huesos en el lugar donde luego fundó la iglesia de Santa María de la Asunción.

⁹ Rueda, “De conspiradores y mitógrafos”, 18.

Junto con los restos del señor indio, en la fábula, Motolinía habría dejado las señales para su futuro descubrimiento: la placa de cobre, la punta de lanza y, finalmente, la narración del suceso y el lugar de la sepultura en el documento que heredaría la familia Juárez.

Se tenía que justificar, sin embargo, el enlace entre el pasado y el presente, entre 1525-1529 y 1949. Por lo que toca a los documentos y su evidente anacronismo, se dijo que “en base a la anotación hecha en la carta pastoral de 1777” de Núñez de Haro y Peralta, “en ese año se hicieron las copias por una persona no muy experimentada”, es decir, las copias dieciochescas de documentos “perdidos” del siglo XVI.

En cuanto al depositario de la tradición –herencia familiar–, Salvador Rodríguez Juárez fue el original poseedor de los documentos. Se decía entonces que “los descendientes de los guardianes del secreto dejaban a sus hijos los documentos que a su vez habían recibido de sus mayores, agregando por escrito sus recomendaciones personales y además repetían de palabra a sus hijos todo lo que recordaba que le hubieran dicho sus padres acerca de aquellos acontecimientos”.

En su caso, Salvador Rodríguez Juárez había recibido los documentos y el secreto de su abuelo, Florentino Juárez, quien además fue autor de los cuadernos con las instrucciones que harían posible llegar a la tumba bajo el altar. De esta manera, en la construcción de la impostura, Rodríguez Juárez pasó de ser quien encontró unos papeles que luego mostró al cura David Salgado, a convertirse en depositario de una tradición familiar heredada de padres a hijos; poseedor de una sabiduría antigua con la que legitimó a cierta nobleza india viva –los Moctezuma Chimalpopoca–, y desconoció la de sus oponentes pueblerinos. Por cierto, Rodríguez Juárez –bautizado desde entonces como “carta viva” de la tradición de Cuauhtémoc–, fue el único de su familia que parecía conocer el secreto. Ninguno de sus hermanos –uno de ellos jefe de la guardia local en ese 1949– supo del asunto antes de que el cura Salgado lo hiciera público.

Aproximación

En un lúcido texto sobre imposturas famosas en España, el historiador Julio Caro Baroja afirmó que, “generalizando... cuando una sociedad está preocupada por algo que se da en su tiempo con notas muy distintivas y fuertes, ese algo, sea

material o sea espiritual, produce falsificaciones”.¹⁰ Esa preocupación, en el México de mediados del siglo xx, era la identidad de lo mexicano. Y tal era en su raíz el motivo de la conspiración fraguada en Ichcateopan, que inventó la historia de un héroe cuyo pasado individual permanecía en su mayor parte desconocido por la poca evidencia que había quedado de aquella turbulenta época.

Eulalia Guzmán aprovechó la coyuntura política para personificar un acto nacionalista, a sabiendas de que los documentos que la guiaron hacia la tumba eran falsos. Alfonso Quiroz Cuarón y Diego Rivera pudieron vengar la muerte de Cuauhtémoc con casi cuatro siglos de distancia, al interpretar médica y plásticamente las formas físicas del héroe y del antihéroe del momento fundacional del México mestizo.

No obstante, la eficacia conspiradora no se sostuvo mucho tiempo. Las características mismas de la falsificación –de cualquier falsificación en la historia–, fueron la fuente de su inconstancia y, finalmente, de su olvido. Caro Baroja distingue algunos patrones comunes en los fraudes históricos: entre otros, el “descubrimiento” de documentos con una temporalidad que se pretende temprana, “forjados para acreditar derechos” o el del afán de “heroificar” y “personalizar” la historia de los orígenes de algún grupo, ciudad o nación.¹¹ Ichcateopan sería un ejemplo claro: se ubicaron ahí una serie de hechos inexistentes para destacar la relevancia del lugar, al tiempo que se marcó la importancia del falsificador como “depositario de la tradición” y único conocedor real del mito fundacional, una cuestión que le valió varias prebendas políticas. Identificar la impostura fue una tarea sencilla, pero denunciarla en voz alta e imaginar sus causas profundas fue más complejo.

Muchos dudaron desde aquel septiembre de 1949. Una comisión de investigadores se envió a Ichcateopan y, “después de ocho horas de trabajo, dictaminó que en la tumba había huesos de alrededor de cinco personas, y que ninguno pertenece a Cuauhtémoc”, según escribió con cierta ironía Quiroz Cuarón. Por su parte, Eulalia Guzmán organizó a otro equipo de especialistas, que durante años apoyarían su tesis. En él, participaron José Gómez Robleda, Luis Chávez Orozco, José A. Cuevas, Alejandro von Wutheneau, Carlos Graef Fernández y Marcos Moshinsky, entre otros. También recibió apoyos tan disímiles como inútiles desde el punto de vista erudito, desde los médicos de la Escuela Médico Militar, pasando por el de Diego Rivera, el de varios gobernadores guerrerenses y hasta presidentes de la República.

¹⁰ Julio Caro Baroja, *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*. (Barcelona: Seix Barral, 1992), xx.

¹¹ Caro Baroja, *Las falsificaciones de la historia*.

Los resultados de las investigaciones del grupo prodescubrimiento se publicaron en el libro *La supervivencia de Cuauhtémoc*, de Ediciones Criminalia en 1951, un libro clave, aunque casi desconocido de la mitografía mexicana del siglo xx, el cual acompañaba editorialmente a trabajos publicados sobre códigos penales, delincuencia infantil, crímenes de masas y crímenes de Estado. Esto no debe sorprender: la construcción cotidiana de la nación cubre dos planos. Por un lado, el mantenimiento del orden social, con la delincuencia como límite; por el otro, la interpretación del pasado, de la historia y de la mitología. Ediciones Criminalia –bajo la dirección del doctor Quiroz Cuarón–, cubría en esa ocasión los dos planos.

La agria polémica entre los defensores de la validez del descubrimiento y los que la negaban muy pronto se convirtió en odio académico y en impugnación ideológica. Diego Rivera llegó a pedir, en un desplante que le era muy propio, que se fusilara por la espalda –por traición a la patria– a quienes no aceptaban la tesis de la profesora Guzmán. Dolidos, pero firmes, los miembros de la Comisión que declaró la impostura se sostuvieron e intentaron olvidar los ataques sufridos contra su ética profesional. El dictamen final del historiador Silvio Zavala –entonces director del Museo Nacional de Historia–, resume el sentimiento y la prudente delicadeza con que se manejó el asunto:

Creo que es oportuno separar con nitidez –decía Zavala en su escrito– la admiración y el respeto que sentimos los mexicanos por la figura de Cuauhtémoc del problema netamente científico que consiste en establecer la autenticidad del hallazgo de los restos de Ixcateopan, logrado por Eulalia Guzmán con innegable tesón e indiscutible probidad, y apoyado con altura de miras y patriotismo por el culto gobernante del estado de Guerrero, general Baltasar Leyva Mancilla.

Llamado a opinar en el caso en virtud de haber recibido una comisión oficial a ese respecto, pude examinar en Ixcateopan los documentos que se relacionan con el hallazgo, y mi impresión es que ni el contenido ni la letra de los documentos corresponden al siglo xvi.

Esta impresión personal puede ser equivocada, ya que todos estamos expuestos a errar aun en asuntos de nuestra propia profesión, por lo cual, y dada la importancia del caso, creo que debiera recogerse la impresión de otros historiadores y paleógrafos para llegar a conclusiones que estén al margen de cualquier escrúpulo.¹²

¹² *El hallazgo de Ichcateopan. Dictamen que rinde la Comisión designada por acuerdo del C. Secretario de Educación Pública, en relación con las investigaciones y exploraciones realizadas en Ichcateopan, Guerrero, sobretiro del t. 11 de la Revista Mexicana de Estudios Antropológicos (México, 1950).*

En el mecanoscrito de su dictamen, Zavala opinó que los documentos falsos fueron elaborados por Florentino Juárez entre finales del siglo XIX y principios del XX. Además, se permitió una licencia que tachó para la versión impresa. La nota diría así:

Gracias a esa potente y colorida imaginación, han quedado asociados a Ichcateopan tanto Cuauhtémoc como Motolinía y San Juan Clímaco [...] [y sospechamos que, de no haber mediado el obstáculo cronológico, hubiera incluido también a Diego Rivera] y por inexcusable consecuencia otros nombres de nuestros días.

Recuento

La biografía fragmentada de Cuauhtémoc que legó Toscano fue recompuesta por su amigo, el también historiador Rafael Heliodoro Valle, y dada a las prensas del Fondo de Cultura Económica. El ensayo del suplemento dominical del *Novedades* se volvería, por decisión de Heliodoro, el último capítulo de un libro que se ha vuelto un clásico con varias ediciones. Sin embargo, pese al profesionalismo y la buena voluntad del editor, Heliodoro Valle, *Semblanza de Cuauhtémoc* tiene el tono de un texto preparatorio –muy lejano a los trabajos de un historiador que abría las puertas a la interpretación mixta de fuentes escritas y plásticas para el pasado indígena–. No obstante, el libro sigue siendo muy leído a casi setenta años de su primera edición. En el trasfondo, dejó abierta la herida que sacudió a la República desde Ichcateopan. Heliodoro Valle afirmó razonablemente que la intuición de Toscano lo hizo conducirse con cautela frente “al grito demagógico” que le “restaría dignidad al héroe”. Sin embargo, en nuestra opinión, es probable que a Toscano le interesara confrontar a Eulalia Guzmán, a Diego Rivera y al doctor Quiroz Cuarón, y lo hubiera hecho con inteligencia –como lo esperaban también estos temibles y sabios contendientes–. La muerte, sin embargo, truncó las intenciones de todos ellos.

En 1952, en un nuevo intento por regresar a la mesa de estudio la documentación y revisión de lo escrito desde la perspectiva de Ichcateopan, el Banco de México decidió patrocinar al grupo. Nuevamente, el demonio metió la cola: otro descubrimiento arqueológico desplazaría a Cuauhtémoc de la escena. El sábado 15 de junio de ese 1952, en la ciudad maya de Palenque el equipo de arqueólogos encabezado por Alberto Ruz Lohillier abriría el sarcófago del gobernante Pakal, enterrado en el llamado Templo de las Inscripciones. Los huesos de otro gobernante, esta vez maya, quitaron foro a los del templo de Santa María de la Asunción.

El destino reforzó el nudo de la inverosimilitud historiográfica: todos perdieron. El análisis, palabra griega que significa *desatar*, quedó ensombrecido por la descalificación que siguieron desde ese 1949 hasta por lo menos 1976, cuando una nueva comisión revisora desenredó el nudo.

Epílogo

El tiempo, ese que los romanos decían que era un dios de agua, ha dejado fluir 76 años. Vale la pena pensar en eso. El historiador y antropólogo Antonio Saborit tenía en sus manos las *Memorias* de Jaime Torres Bodet. *Tiempo de arena, Años contra el tiempo, La victoria sin alas*. Platicamos sobre la idea de la historia al mediodía del siglo xx.

El 11 de mayo de 1944, unos meses antes de inaugurar el Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec, el entonces Secretario de Educación Pública (Torres Bodet) externó su preocupación ante historiadores y profesores de historia sobre el alma dividida de los mexicanos. Citó al neerlandés Johan Huizinga: “Toda civilización determina lo que quiere que sea su propia historia”, y al influyente francés Paul Valéry sobre “que el carácter real de la historia estriba en su participación en la historia misma”. Además, invitó a los profesores

a cancelar el odio en la narración de la historia de nuestra patria. Pero les indiqué también que sería absurdo tender sobre los dolores de lo pasado un velo hipócrita y tembloroso, que daría a las nuevas generaciones una impresión descastada de nuestra vida, colocando a los héroes de México en la equívoca posición de protagonistas sin contenido y de seres que pelearon contra fantasmas (...) No disfracemos la historia, nunca. Pero no nos consagremos singularmente a palpar y volver a palpar –a toda hora y en todas las circunstancias– las cicatrices que dejaron en nuestro pueblo las heridas hechas a su afán de perduración. No nos gocemos en abolir el presente y en desquiciar el futuro por sometimiento a las cóleras del pasado. Seamos dignos de aumentar, a la historia heredada, la historia nueva: la que sólo podremos hacer con la unión de todas las esperanzas, porque el olvido sería tan estéril como el rencor. Seamos dignos de aumentar”.¹³

¹³ Jaime Torres Bodet, “Discurso pronunciado en la apertura de labores de la Primera Conferencia de Mesa Redonda para el estudio de los problemas de la enseñanza de la Historia de México, el 11 de mayo de 1944”, en *Educación mexicana: discursos, entrevistas, mensajes* (México: Secretaría de Educación Pública, 1944).

Sin embargo, cuatro años más tarde sus palabras dejaron de tener eco; ya lo había advertido: “Cuauhtémoc y Cortés seguían peleando incesantemente”.

El miércoles 27 de septiembre de 1944 abrió sus puertas el Castillo de Chapultepec como Museo Nacional de Historia. Comenzaba el otoño. Parecía un buen momento para mirar los objetos que llegaron del pasado. Torres Bodet habló de los tesoros conservados en el museo:

retratos de hombres que lucharon unos con otros y, a menudo, unos contra otros; restos de cóleras y pasiones ansiosas de derrocar principios que, sin quererlo, consolidaban; polvos de siglos y luz de ideas; objetos más duraderos que sus poseedores, y espíritu que persiste sobre la inercia de los objetos.

Al reflexionar sobre los personajes del pasado, quienes fueron protagonistas de nuestra historia nos mirarían y juzgarían: “no aceptarían que fuera nuestro recuerdo fosa común”. Tanto Saborit como nosotros no dejamos de sorprendernos por la claridad intelectual de Torres Bodet. En septiembre de 1964, un jueves que ya llamaba al otoño, se inauguró el Museo Nacional de Antropología en Chapultepec. Ahí leyó su discurso titulado “El silencio de Cuauhtémoc resuena aún”.¹⁴ Habló de culturas decapitadas, pero no de la ausencia de legado, y lo hizo como lo habría hecho un antropólogo: como legado cultural, civilizatorio, pero también biológico. El mestizaje, por supuesto, pero también del maíz y las milpas, de las palabras, del perfil en la arquitectura, piedra y alma. Finalmente, del “hombre como hipótesis sin descanso, invención sin tregua”.

Todo ello nos permite ver hacia atrás, hacia el mediar del siglo xx y un episodio de hechos e imaginarios. En el agrio proceso para establecer con firmeza al primer héroe de la nacionalidad mexicana, para afianzarlo como el “héroe a la altura del arte”, el grupo afín a defender la autenticidad de la tumba de Ichcateopan presionó para dar una salida política a su exigencia envuelta en discurso científico. No hubo pocos raspones y sí muchas susceptibilidades heridas. Finalmente, la impostura no pudo sostenerse y –aunque tempestuosa y de muy largo aliento–, quedó en el lugar que le correspondía: ríos de tinta en torno a una anécdota que brindó la oportunidad de hacer reflexiones interdisciplinarias entre historiadores, antropólogos físicos, arqueólogos, etnólogos, restauradores, sociólogos e historiadores del arte.

¹⁴ Jaime Torres Bodet, *El silencio de Cuauhtémoc resuena aún*, discurso pronunciado en la inauguración del Museo Nacional de Antropología, 17 de septiembre de 1964, acceso en Memoria Política de México. <https://memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1964-JTB-SC-MNA.html>

La vida continuó. En ese mismo 1949 comenzó una década de sequía intensa en la zona central de México. Los historiadores modernos señalan los registros anuales de temporadas de lluvias desiguales; Chapala fue foco de tensiones entre el gobierno federal y las autoridades de Jalisco y Michoacán por el agua de la ciénaga. En septiembre de 1949, el joven Julio Scherer consiguió trabajo en el *Excélsior*. Por ese entonces se otorgó la primera concesión televisiva y un año más tarde, en septiembre de 1950, el canal 4 inició sus transmisiones. Un par de generaciones han cumplido sus rondas. La memoria ha nublado las figuras de Toscano, Ramos Millán y Eulalia Guzmán; otras, como las de Diego Rivera y Blanca Estela Pavón brillan con luz propia, profunda en el alma.

Y nosotros, privilegiados, podemos ver hacia atrás para reflexionar, acercarnos a la polémica por el placer de recordar el origen decimonónico del héroe primigenio proyectado por Vicente Riva Palacio –nieto de otro héroe, Vicente Guerrero–, sin la pasión de juzgar. —

Referencias

- Ancona, Eligio. *Los mártires del Anáhuac*. Ciudad de México: Imprenta de José Batiza, 1870. *Arqueología Mexicana*, no. 82 (noviembre–diciembre, 2006).
- Caro Baroja, Julio. *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*. Barcelona: Seix Barral, 1992.
- Casaum, Episcopum Bartolomaeum, & Johann Theodor de Bry. *Narratio regionum indicarum per hispanos quosdam devastatarum verissima*. Hieronymi Galleri, 1614.
- Cuaderno de Florentino Juárez*, núm. I.
- De las Casas, Bartolomé. *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*. Editado por José Miguel Martínez Torrejón. Madrid: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2015. Publicado originalmente en 1552. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/brevissima-relacion-de-la-destruccion-de-las-indias/>
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, editado por Guillermo Serés. Ciudad de México: Academia Mexicana de la Lengua, 2014.
- El hallazgo de Ichcateopan. Dictamen que rinde la Comisión designada por acuerdo del C. Secretario de Educación Pública, en relación con las investigaciones y exploraciones realizadas en Ichcateopan, Guerrero, 197–225*. Sobretiro del tomo 11 de la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. México, 1950.
- El Universal*, 7 de febrero, 1949.
- Frías, Heriberto. *Leyendas históricas mexicanas y otros relatos*. Ciudad de México: Porrúa, 1999.
- Guzmán, Eulalia. *Informes sobre investigaciones relacionadas con la tumba de Cuauhtémoc en Ixcateopan*, Caja 1, Expediente 2, Archivo Institucional Eulalia Guzmán, México, 21 de septiembre de 1949.
- López Velarde, Ramon. “La suave patria”. *El Maestro: Revista de Cultura Nacional*, núm. III (1 de junio de 1921): 311–314.
- Memoria política de Mexico. “1964. El silencio de Cuauhtémoc resuena aún. Discurso pronunciado por Jaime Torres Bodet durante el acto de inauguración del Museo Nacional de Antropología”, 2025. <https://memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1964-JTB-SC-MNA.html>

- Núñez de Haro y Peralta, Alonso. *Carta pastoral que el D Núñez de Haro y Peralta dirige a todos sus amados diocesanos sobre la doctrina sana, contraída en general a las más esenciales obligaciones que tenemos para con Dios, y para con el Rey*. Ciudad de México: en la Imprenta Nueva Madrileña de D. Felipe de Zúñiga, 1777.
- Pérez Martínez, Héctor. *Cauhtémoc: vida y muerte de una cultura*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1948.
- Pérez Martínez, Héctor. *La supervivencia de Cauhtémoc: hallazgos de los restos del héroe*. Ciudad de México: Criminalia, 1951.
- Quiroz Cuarón, Alfonso. "Estudio de los restos de Hernán Cortés descubiertos en la Iglesia de Jesús Nazareno, anexa al Hospital de la Concepción de México, en noviembre de 1946". en *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*. México, Libros Anáhuac.
- Rivera, Diego. *La colonización o Llegada de Hernán Cortés a Veracruz*. Palacio Nacional de México, 1951.
- Rueda Smithers, Salvador. "De conspiradores y mitógrafos: entre el mito, la historia y el hecho estético". *Historias* 39 (1998), 17-26. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/historias/article/view/13867>
- Rueda Smithers, Salvador. "Don Silvio Zavala y la piel del historiador. Apuntes sobre historiografía marginal". *Historia Mexicana* 65, no. 2 (octubre 2015): 809-839. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2448-65312015000400809
- Torres Bodet, Jaime. *El silencio de Cauhtémoc resuena aún*. Discurso pronunciado en la inauguración del Museo Nacional de Antropología, 17 de septiembre de 1964. *Memoria Política de México*. <https://memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1964-JTB-SC-MNA.html>
- Torres Bodet, Jaime. "Discurso pronunciado en la apertura de labores de la Primera Conferencia de Mesa Redonda para el estudio de los problemas de la enseñanza de la Historia de México, el 11 de mayo de 1944". *Educación mexicana: discursos, entrevistas, mensajes*. México: Secretaría de Educación Pública, 1944.
- Torres Bodet, Jaime. *Memorias I. Tiempo de arena. Años contra el tiempo. La victoria sin alas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2017.
- Toscano, Salvador. "México en la Cultura. El águila muere en Acallan". *Novedades*. 18 de septiembre, 1949. https://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/fondo2000/vol2/34/hm/sec_11.html
- Vascones, Alonso. *Destierro de Ignorancias, y Aviso de Penitentes: Primera, Segunda y Tercera Parte, y Pictima del Alma y Arte de Ayudar a Bien Morir*. Sevilla: por los Herederos de Tomasa López de Haro, 1720.